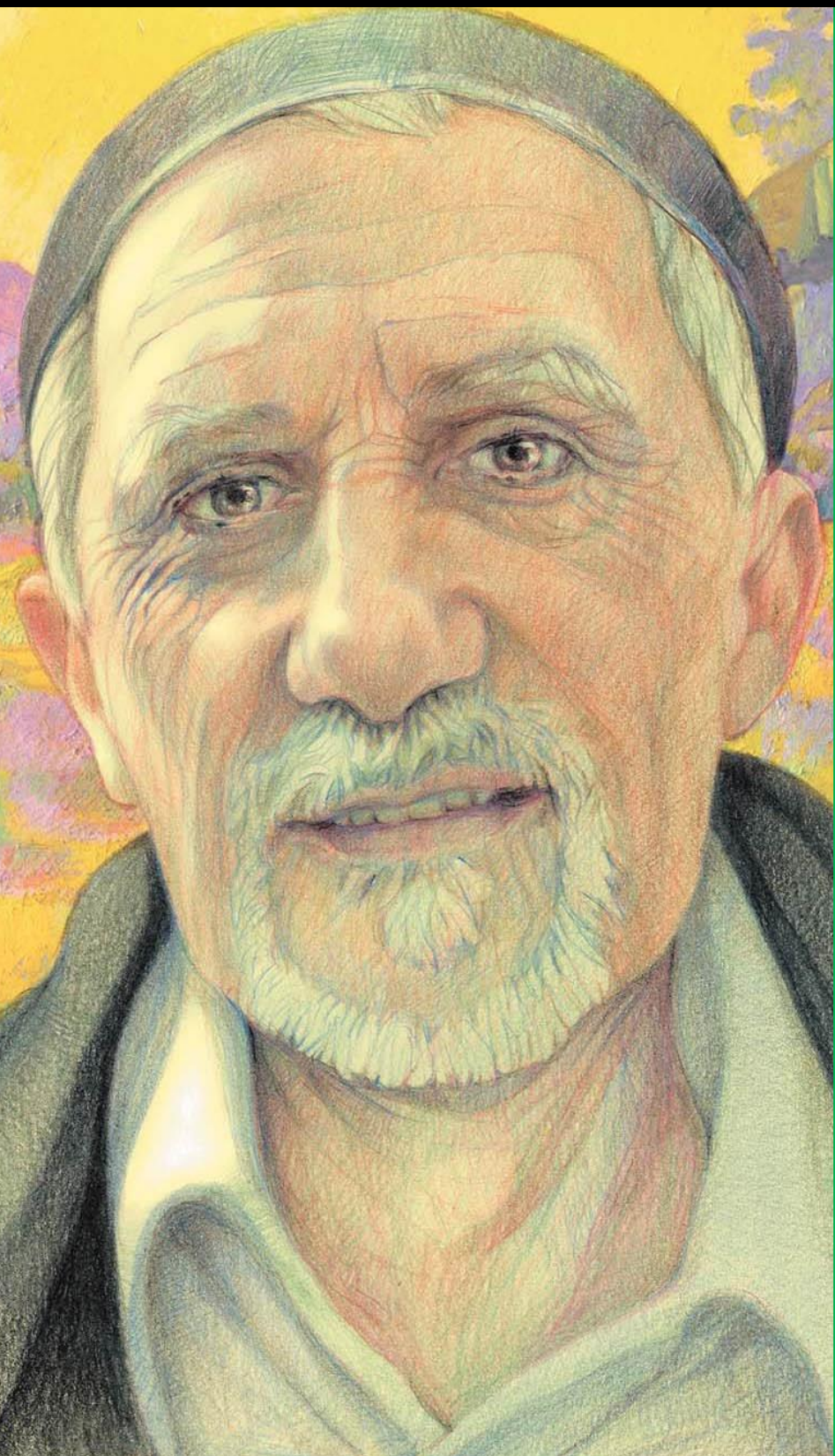


Discernimiento vocacional



Vo
ca
ción





***Portada:** Arturo Asensio. “Vicente de Paúl, Misionero *ad gentes*”. Detalle. Revista Caminos de Misión. N.º 120. oct. 2009.

Tema 2: ¿Qué es la vocación?

Bibliografía

- Rondet, M. “*Ecouter les mots de Dieu, les chemins de l'aventure spirituelle*”. Editorial Bayard. París: (2001). Traducido al castellano por Guido Jonquières.
- Documento preparatorio XV Sínodo de los obispos: “*Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*”. 2016.

- 1. De una búsqueda autorreferencial a una acción comunitaria**
- 2. Un encuentro con el Dios de la vida y del amor**
- 3. Un diálogo entre dos libertades**
- 4. Llamados a transmitir y construir**
- 5. Una entrega feliz que está dentro de ti**
- 6. En un continuo peregrinaje**



¿Qué es la vocación?

“La voluntad de Dios es que todos los hombres se salven (1Tim. 2,3-4)”

De una búsqueda autorreferencial a una acción comunitaria

Toda persona tiene una experiencia propia sobre lo espiritual. Este principio se puede constatar en nuestra sociedad actual, donde nuestros contemporáneos buscan una espiritualidad que “les llene” y les haga gozar de la felicidad en plenitud. Estas situaciones que llevan a muchas personas a sentirse emocionadas y conmovidas ante la grandeza y la belleza del mundo, a maravillarse ante la inagotable creatividad de la vida, a presentir la existencia de un misterio que les supera, a descubrir energías trascendentes... Todo ello, se aprecia, como se ha indiciado, en el ambiente social, sobre todo en la lista de libros más vendidos (autoayuda, reiki, yoga, chacras, espiritualidad oriental...), en las prácticas de relajación más en boga (yoga, taichí...) y en las nuevas formas de vida (veganismo, humanismo, hippie...). Todos estos elementos, más que negativos y condenatorios, son una oportunidad, pueden servir para ayudar a esas personas, que tienen una cierta sensibilidad a lo divino, a encontrarse con el verdadero Dios personal manifestado en Jesucristo.

Para ello, se tiene que tener claro que el llamado “despertar de la conciencia”; o el “descubrimiento de la interioridad”, o la “apertura a las energías positivas”; es sólo la manifestación de una sed espiritual, pero, que queda fuera de una fe en el Dios Uno y Trino de la tradición cristiana. El Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo de la Revelación cristiana no es una fuerza anónima y omnipresente; pues Él tiene un rostro y actúa en la historia. Al mismo tiempo se debe entender que Dios no es una prolongación divina de nuestro propio ser, sino que es el totalmente Otro, que nos sobrepasa, nos trasciende, que se manifiesta al ser humano y lo llama a su encuentro mediante un diálogo amistoso proveniente de su gran misericordia. De este modo, el Dios bíblico no nos invita a alcanzarlo fundiéndonos en él como en nuestro elemento original y primario, sino que Él mismo nos apela a “mirarlo” a la cara desde la libertad de una respuesta personal a una vida comunitaria.

Otra característica de esa “nueva espiritualidad” es la búsqueda de un recogimiento y paz interior que me haga gozar de una sensación interior placentera. Sin embargo, la oración cristiana, a pesar de tener los elementos del silencio, el recogimiento, el descubrimiento profundo del ser...no sé queda embelesada en ellos, ya que, son sólo medios para llegar a algo que está más allá, es decir, son elementos que ayudan para estar bien dispuestos a acoger y escuchar la Palabra viva y dinámica del Evangelio.

Ese encuentro se ha relatado en diversos relatos de la Sagrada Escritura. Se percibe como el Dios de la Historia se manifestó sucesivamente a Noé, a Abrahán, a Jacob, a Moisés... Del mismo modo, se dirigió al pueblo que había elegido, con el cual se comprometió con fidelidad indefectible, hasta llegar a ser, en Jesucristo, el Verbo divino hecho carne. Con todo ello, no basta con hacer silencio interior o conocerse a sí mismo; sino que se necesita una actitud de escucha, de disponibilidad activa y de entrega de sí. Estas actitudes las tuvo María a lo largo de toda su vida, al igual que los reconocidos como santos por la Iglesia.

Por otro lado, la oración cristiana nos insta a la comunión, frente a la oración contemplativa de la “Nueva Era” que es solitaria e intimista. En primer lugar, nos hace encontrar un “rostro” de Dios que, en sí mismo, es comunión: un Dios “uno” porque es



un Dios "unido" en el amor que vincula, en eterna comunión, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por eso, toda oración cristiana se expresa espontáneamente de modo trinitario: se ora al Padre, por el Hijo, en el Espíritu. Seguidamente, la oración elevada al Dios Trino nos abre a la vida comunitaria: al compartir, al diálogo, al servicio...; continuando la obra de amor divino en el mundo.

Con todo ello, se comprende como la oración cristiana nos hace salir de nosotros mismos, pues, el Dios de la Historia tiene un proyecto salvífico para el hombre y para el mundo. Por eso, Dios se ha involucrado radicalmente en ese proyecto mediante la Encarnación y llama al hombre a unirse en esa nueva creación. En consecuencia, no puede haber oración cristiana que no sea al mismo tiempo un implicarse con Dios en favor de la justicia, la paz y la unidad. Orar en espíritu y en verdad es acoger al Espíritu que nos une a la misión del Hijo para la salvación de todos los hombres, y con ello, hacerse cargo, como el Hijo, de las miserias humanas.

“Configurándonos con el Hijo en el Espíritu, la oración nos hace glorificar al Padre. Abriéndonos a una actitud filial en el seguimiento de Jesús, llegamos a ser templo del Espíritu para gozo del Padre. La oración cristiana, la más silenciosa como la más jubilosa, es siempre abertura a los intercambios de amor de la Tres Personas divinas.

Tal como lo expresara tantas veces san Juan de la Cruz, el Espíritu Santo nos aspira con él en la comunión del Padre y del Hijo. Estamos entonces introducidos en la comunión de los santos. Al configurarnos con el Hijo en el Espíritu, la oración nos saca al encuentro de todos los hombres, ante la mirada del Padre que nos hermana a todos, y hacemos la experiencia de lo que nos une”.

Un encuentro con el Dios de la vida y del amor

Aunque Dios se manifiesta al ser humano y le revela su misericordia y su amistad por medio de Jesucristo, es un Dios que siempre conserva su misterio, su esencia y su iniciativa, es decir, es un Dios que no se deja atrapar por nada ni por nadie. De esta manera, la oración nos lleva a tener, por un lado, la experiencia humana de la presencia-ausente y la ausencia-presente que es Dios.

La oración cristiana, para que sea verdadera, debe pasar del sentimiento al convencimiento, ese paso sólo puede darse enfrentándose y atravesando la ausencia de Dios provocada por nuestra dureza de corazón. Los discípulos accedieron a la fe pascual a través de la noche del viernes y del Sábado Santo. Los relatos de los Hechos de los Apóstoles muestran como su fe salió crecida de aquella prueba.

En la misma perspectiva, un cristiano jamás olvida que sigue siendo un peregrino, en marcha hacia el encuentro y hacia el crecimiento hacia quien lo llama a la entrega y al amor. Así pues, reconoce que lo que es, es infinitamente amado por Dios, pero sabe también que, a veces, es incapaz de acogerse a ese amor. Lejos de la pretensión de alcanzar a Dios mediante un esfuerzo ascético y contemplativo (esfuerzos ridículos, ayunos vacíos...), sabe que sólo Dios puede avivar en él la sed y el hambre que le permitan acogerlo.

Por eso, el Dios Trino no es un ídolo o un fetiche para nuestro deleite, ni la respuesta a todas nuestras preguntas, ni viene a colmar nuestros vacíos existenciales, ni a reflotar nuestras ilusiones frustradas. Dios es Dios, el que nos va transformando y modelando según su voluntad por medio de nuestra adherencia a su Palabra a través de nuestra fe.



Con todo ello, el creer en la Trinidad divina no es adherirnos a una explicación teológica, sino que mostramos nuestra experiencia de una relación amistosa y personal con el Dios de la historia, de la vida y del amor. Aquí radica la originalidad de la espiritualidad cristiana, en rostro revelado de Dios, de un Dios que es diferente, porque cuestiona constantemente nuestras representaciones que nos vamos haciendo sobre Él, y al dejarnos cautivar por Él, madura y crece nuestra fe.

Un diálogo entre dos libertades

El Papa Francisco nos recuerda en la *Evangelii Gaudium* que es Dios el que primerea en el amor (*cfr.* 1Jn. 4,10) y, aún más, Pablo, prisionero, afirma que ese mismo amor "se anonadó" (Fil. 2,7) ante nuestra propia libertad, habiendo tomado, desde su propia libertad divina, la figura del servidor, del último.

Por eso, cuando Dios nos llama a la vida pretende "consagrar" nuestra libertad y ofrecerle un horizonte que la dirija hacia la plenitud de la felicidad: "Permaneced en mí como yo en vosotros [...] Os digo esto para que mi alegría esté en vosotros y que la vuestra dure (Jn. 15,4.11)". se ve como el deseo de Dios es el de que el ser humano asuma responsablemente su libertad.

Nuestra propia vida debe ser analizada desde los ojos de nuestra fe en el Dios Trino que se presenta al hombre, desde su propia libertad, en la pequeñez de Jesucristo. Toda respuesta dada con firmeza debe estar basada en una serena y sosegada reflexión donde toda ella esté pasada por una profunda libertad. Así pues, la opción de vida será asumida, al principio, sin renuncia alguna; y, con el paso del tiempo, surja el fuerte discernimiento de la perseverancia, si los cimientos son fuertes, la respuesta seguirá en pie, por muchas reconfiguraciones que necesite.

Esta respuesta libre, opción de vida o vocación, integra lo que anteriormente no era más que puntos sucesivos y desordenados. Esto se debe a que se va a tejer una continuidad nueva en lo que parece ser una discontinuidad entre las cualidades y los defectos, entre las fuerzas y las debilidades, entre las gracias y los pecados... Y, desde ese punto de lo que somos, se abre un porvenir; pues lo que antes parecía imposible o insensato, ahora se vuelve natural porque se integra y se acepta desde lo que somos y se vuelve posibilidad de lo que queremos ser o podemos hacer. Esta es la historia de muchos de nuestros santos conocidos como Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola... Mucho más que una programación rigurosa, lo que caracteriza la vida de los santos, es la calidad de su reacción espiritual a los más variados acontecimientos, aun los más inesperados, según la voluntad salvífica de Dios. Si hacemos el esfuerzo de redescubrir lo que ellos vivieron, veremos que no hay nada menos programado y previsible que sus vidas. Buscaron la voluntad de Dios con todo el corazón, tuvieron una vivísima conciencia de que el amor de Dios se les había adelantado, y no se cansaban de reconocerlo con acción de gracias. En sus elecciones, tantearon, dudaron a veces, pero finalmente confiaron en el Espíritu que los guiaba hacia el Reino.

Con ello, la decisión tomada irá acorde con la voluntad de Dios, pues esta nos hace más libre e introduce en nuestra vida coherencia, sentido y plenitud, además de si integra nuestra historia al abrirse un mundo futuro lleno de aventuras y posibilidades geniales.



Llamados a transmitir y construir

La respuesta que cada uno le puede dar a Dios, al partir de una profunda libertad, no está escrita en ninguna parte, ni en el Libro de la Vida, ni en los astros, ni en el horóscopo del día, ni en los posos del café, ni tampoco en el corazón de Dios, porque, aunque ha puesto unas cualidades en nuestras personas respeta nuestra libertad, no estamos predestinados. La grandeza y el riesgo que corre Dios con nuestras vidas consiste en la llamada que nos hace a despertar la generosidad de nuestra respuesta afirmativa al gozo y a la felicidad desde lo que Él mismo ha puesto en nuestro interior.

Tomar una elección decisiva, se compone de pequeñas y cotidianas elecciones que hacemos a lo largo de nuestra vida, y después de haber decidido deberemos vivir coherentemente a lo discernido profundamente. Esto es así, porque una decisión importante es preparada con las herramientas de las que disponemos como seres humanos: limitaciones, debilidades, miedos, pecados...pero también, cualidades, logros, habilidades, valores y fuerzas. Aunque no somos omnipotentes podemos dar cuerpo y figura a lo que, de otro modo, sería un simple destino al que tenemos que subirnos, como si fuese una escalera eléctrica.

En ese esfuerzo de creación personal en respuesta a la llamada de Dios, el Espíritu viene a nosotros, no como una fuerza impuesta desde fuera, sino como una energía interna suscitada por nuestra acogida de la palabra de Dios y nuestra participación en la vida de la Iglesia que nos da ánimo, ímpetu, inteligencia, ciencia, serenidad... Así pues, los acontecimientos de nuestra vida no son un marco en el que Dios nos encierra, ni algo que Él disponga para jugar con nosotros como si nuestra vida fuese un tablero de ajedrez. No, los acontecimientos y situaciones de la vida, a veces difíciles y complicadas, no son más que los materiales puestos a nuestra disposición para decidir libremente nuestra decisión.

Dichos acontecimientos, junto con lo que somos y la ayuda del Espíritu nos llevará a decidir en paz y desde el amor, porque el amor puede hacer brotar la santidad en los peores contextos humanos: el testimonio de los que han consagrado su vida a los marginados, a los desafortunados, a los excluidos, a los perseguidos...

Cada joven puede descubrir en la vida de María el estilo de la escucha, la valentía de la fe, la profundidad del discernimiento y la dedicación al servicio (cfr. Lc 1,39-45). En su "pequeñez", la Virgen esposa prometida a José, experimenta la debilidad y la dificultad para comprender la misteriosa voluntad de Dios (cfr. Lc1,34). Ella también está llamada a vivir el éxodo de sí misma y de sus proyectos, aprendiendo a entregarse y a confiar.

Documento preparatorio del sínodo sobre los jóvenes

Una entrega feliz que está dentro de ti

Hablar de discernimiento, tal como la Iglesia lo ha transmitido durante siglos, nos pone ante el tema problemático de la voluntad de Dios. ¿Cuál es nuestra actitud ante lo que se nos presenta como tal? Hay días en que nos gustaría poder referirnos a un designio particular de Dios que fuera nuestra vocación. ¡Qué reconfortante sería en las horas de duda y dificultad! ¡Saber que encajamos en un proyecto divino armado desde toda la eternidad, en el que cada elemento de nuestra vida fuese feliz o lamentable, hallara cabida y sentido!

Pero, por otro lado, sabemos que el Dios Trinidad nos llama por nuestro nombre y que nuestro encuentro con Él se da por un camino que es particular de cada uno. Desde



Abrahán o Ana hasta María o Pedro abundan, en la historia de la salvación, los ejemplos de hombres y mujeres llamados a una vida nueva para una misión determinada. La Sagrada Escritura pone rostro a diferentes tipos de llamada y muestra decisiones de entrega total a Dios como ejemplos a los que nos llamamos seguidores del Dios de Jesucristo.

En un continuo peregrinaje

Nos cuesta deshacernos de una imagen de Dios más o menos heredada del deísmo que tanto ha influido en la cultura occidental. Un Dios todopoderoso, que lo ve todo, lo sabe todo, ante quien la historia humana se desarrolla como un espectáculo sin sorpresas; un Dios que espera de nosotros que ocupemos los puestos de comparsas que Él nos destinó desde toda la eternidad. No hace falta raspar mucho para reencontrar ese rostro de Dios por debajo de ciertos modos nuestros de concebir la voluntad de Dios o hablar de su providencia.

Existe, sin embargo, un designio de Dios para la humanidad que está descrito en la Palabra: "Nos eligió en Cristo, desde antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos e inmaculados en su presencia, en el amor; determinando de antemano que seríamos para él hijos adoptivos por Jesucristo (Ef. 1,4-5)"; "a cuantos lo recibieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios (Jn. 1,12)".

Ese designio de Dios no es el capricho de una voluntad divina soberana, es un designio de salvación que expresa el ser último de Dios: el amor dándose y comunicándose (*Cfr.* DV, 2). Es la expresión de la comunión íntima del Padre, del Hijo y del Espíritu, una comunión que se abre a lo otro para acogerlo en su amor.

Ese designio de alianza abarca toda la historia y toda la humanidad, pero por ser voluntad de alianza, deseo de comunión, sólo puede dirigirse a personas libres. Hay pues ciertamente un deseo de Dios que nos alcanza a cada uno personalmente. Y si Dios se manifiesta por su Palabra es para ser oído por cada uno de nosotros. Si nos llama a ser hijos en el Hijo único, es porque espera de nosotros una respuesta personal. La revelación de su amor puede suscitarla en nosotros, pero nos corresponde darla sin que jamás nos sea dictada.

En otras palabras, podríamos también decir que, al crearnos a imagen suya, Dios nos llama a cada uno a dar a esa imagen una semejanza particular. Tal como Jesús dio a la imagen del Padre un rostro humano particular, a su palabra un acento único, cada uno de nosotros es llamado a reflejar en su vida y a su modo la santidad del Padre.

El Dios ante quien vivimos no es, pues, un servidor mundial, capaz de programar y conservar en su memoria miles de millones de destinos individuales y al que tendríamos que consultar con temor y temblor acerca de nuestro porvenir. Su amor le hizo tomar el riesgo de llamarnos a la vida, todos semejantes y distintos, para ofrecernos alianza y comunión. Es a ese Dios a quien hemos de convertirnos si queremos ponernos en verdad ante la voluntad de Dios. La conoceremos entonces, no como un decreto tajante o una fatalidad, sino como el llamado a una creación común.



Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme." Lo vio más con la mirada interna de su amor que con los ojos corporales. Jesús vio al publicano y, porque lo amó, lo eligió, y le dijo: Sígueme. Sígueme, que quiere decir: "Imítame". Le dijo: Sígueme, más que con sus pasos, con su modo de obrar. Porque, quien dice que permanece en Cristo debe vivir como vivió él.

Él —continúa el texto sagrado— se levantó y lo siguió. No hay que extrañarse del hecho de que aquel recaudador de impuestos, a la primera indicación imperativa del Señor, abandonase su preocupación por las ganancias terrenas y, dejando de lado todas sus riquezas, se adhiriese al grupo que acompañaba a aquel que él veía carecer en absoluto de bienes. Es que el Señor, que lo llamaba por fuera con su voz, lo iluminaba de un modo interior e invisible para que lo siguiera, infundiendo en su mente la luz de la gracia espiritual, para que comprendiese que aquel que aquí en la tierra lo invitaba a dejar sus negocios temporales era capaz de darle en el cielo un tesoro incorruptible. Y, estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos. La conversión de un solo publicano fue una muestra de penitencia y de perdón para muchos otros publicanos y pecadores. Ello fue un hermoso y verdadero presagio, ya que Mateo, que estaba destinado a ser apóstol y maestro de los gentiles, en su primer trato con el Señor arrastró en pos de sí por el camino de la salvación a un considerable grupo de pecadores. De este modo, ya en los inicios de su fe, comienza su ministerio de evangelizador que luego, llegado a la madurez en la virtud, había de desempeñar. Pero, si deseamos penetrar más profundamente el significado de estos hechos debemos observar que Mateo no sólo ofreció al Señor un banquete corporal en su casa terrena, sino que le preparó, por su fe y por su amor, otro banquete mucho más grato en la casa de su interior, según aquellas palabras del Apocalipsis: Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos. Nosotros escuchamos su voz, le abrimos la puerta y lo recibimos en nuestra casa, cuando de buen grado prestamos nuestro asentimiento a sus advertencias, ya vengan desde fuera, ya desde dentro, y ponemos por obra lo que conocemos que es voluntad suya. Él entra para comer con nosotros, y nosotros con él, porque, por el don de su amor, habita en el corazón de los elegidos, para saciarlos con la luz de su continua presencia, haciendo que sus deseos tiendan cada vez más hacia las cosas celestiales y deleitándose él mismo en estos deseos como en un manjar sabrosísimo.

Homilía de San Beda el venerable (siglo VII-VIII)



Trabajo personal: A la luz de la palabra

- Invocación al Espíritu Santo:

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
don, en tus dones espléndido,
luz que penetra las almas,
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,

gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,

lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.
Amén.

- Visualiza completo el video del psicólogo Fidel Delgado:
<https://www.youtube.com/watch?v=CXAvPN3g2oc&t=8s>

- Oración y reflexión con la Palabra de Dios.

Gén. 12,1-10.

1Re. 19,1-14.

Is. 49,1-26.

Jer. 1,4-10.

Lc. 1,26-38.

Jn. 7, 17-18.

1Tes 4,7.

1Tes 5,24.

Gal. 1,12-18.

Gal. 5,13.

1Cor. 7, 17-24.

Rom. 11, 28-29.